R

LA GUERRA

S. A. R. EL DUQUE DE GÉNOVA

NÚMERO 39

40 CÉNTIMOS

LA GUERRA ILUSTRADA

DIRECTOR

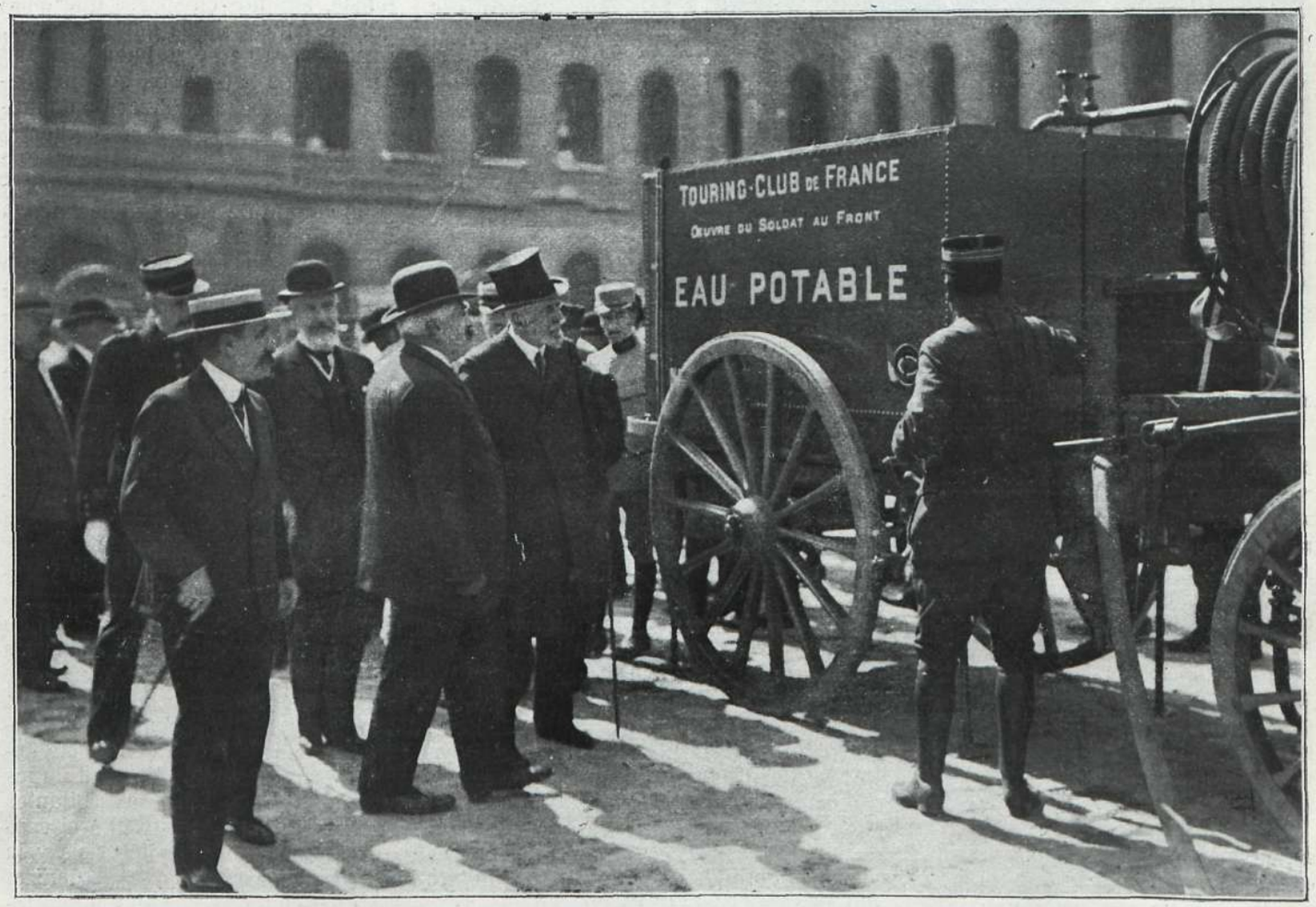
AUGUSTO RIERA

LA SITUACIÓN

No ha variado de un modo notable desde que escribimos la última crónica. Prosigue la marcha invasora de los alemanes en Rusia. Vilna ha caído ya en sus manos, precisamente cuando se creía que ya no pensaban atacarla. Los rusos que manda el general Ivanov, quizá para evitar que los austriacos penetren en las ricas provincias del Sur, quizá para demostrar a los rumanos que no han perdido la costumbre de pelear y de vencer, continúan atacando y venciendo a los austro-alemanes, tomando sus posiciones, haciéndoles gran número de prisioneros, apoderándose de cañones y ametralladoras y logrando que pierdan muchos kilómetros del terreno con tanto trabajo conquistado.

Pero el avance alemán procede ahora con mucha lentitud, y los laureles conquistados por los rusos en Galitzia no pueden por ahora hacer variar la situación general de los dos ejércitos adversarios. Hablamos de dos y no de tres ejércitos porque, en realidad, el austro-húngaro ha sido absorbido por el alemán. Alemanes son los generales que mandan las tropas austriacas; alemanes los que cuidan del municionamiento de esas tropas, y alemanes los planes que realizan las unidades austro-húngaras. Y quizá conviene a los dos Imperios centrales que así sea, porque allí donde los austriacos combaten solos o con la ayuda de cortísimos contingentes alemanes, allí los rusos les sientan la mano. El único ejército del inmenso frente oriental que está mandado por un general austriaco, Pflancer, y compuesto casi exclusivamente de soldados austro-húngaros es el que en la actualidad retrocede y se deshace como un azucarillo ante el empuje de los rusos.

Hemos dicho que éstos no pueden forjarse ilusiones acerca de sus victorias en Galitzia, porque no han sido decisivas y porque todo indica que en breve los dos ejércitos vecinos acudirán en socorro de los vencidos, restableciendo así el equilibrio momentáneamente roto en favor de los rusos. A menos de recibir éstos considerables re-



Los señores Millerand, Godast y otros personajes franceses inspeccionando en el cuartel de los Inválidos, de París, un carro-depósito de agua potable destinado a las tropas del frente *(Fot. Branger)*

ANIVERSARIO DE LA BATALLA DEL MARNE *(Fot. Branger)*

Monsieur Dalimier deposita en el monumento erigido en Barcy a la memoria de los héroes del Marne una palma, ofrenda del gobierno francés

fuerzos y de emprender un avance decidido, una ofensiva enérgica, los triunfos parciales conseguidos no pueden modificar la situación del frente, obligando a los alemanes a retroceder en el centro para evitar que queden amenazadas sus comunicaciones.

Decimos también que el avance alemán procede con extremada lentitud. Dos causas deben de contribuir a ello: el cansancio de las tropas y el mal estado de los caminos. Aun cuando los soldados tengan ánimo para avanzar con toda prisa, las lluvias tempranas imposibilitan una marcha rápida. Y además de lo que dejamos indicado, parece que el general Russky imposibilita con sus continuos ataques y maniobras el progreso de las huestes de Hindenburg hacia Oriente.

Todo induce a pensar que dentro de poco quedará paralizada la marcha alemana hacia el interior de Rusia, y que las tropas tendrán que tomar sus cuarteles de invierno, que esta vez serán menos cómodos que el año pasado, pues el invierno ruso es mucho más riguroso que el de Alemania. Claro es que los tudescos sabrán organizar magníficamente la red de vías férreas que ha de quedar a su espalda para su aprovisionamiento y que procurarán que los soldados no carezcan de lo más indispensable; pero toda su ciencia no evitará los estragos del frío.

* * *

Mientras todo se prepara a fin de que la guerra continúe, hemos de hacer notar que se advierte en todas las naciones que sostienen la descomunal pelea los primeros síntomas de cansancio. El peso que sostienen los contribuyentes hace que se rindan en mitad de la jornada; el esfuerzo que se exige al pueblo es tan tremendo que da ya señales de no poder continuarlo.

En Francia, donde el patriotismo se afirmó de un modo tan enérgico desde el principio de la guerra; donde la defensa del territorio hizo abandonar la defensa de las ideas y de las ambiciones particulares, logrando que el gobierno constituído en los primeros días de la lucha continuara compacto durante catorce meses; donde por la riqueza del suelo y por la riqueza monetaria y por la libertad de comercio que ha proporcionado la libertad de navegación, parece que debieran dejarse sentir con menos intensidad que en otras partes los efectos desastrosos de la lucha, se nota ya algunos síntomas, algunos chispazos que delatan ese cansancio de que hablamos. Hasta ahora nadie se había quejado del rigor de la censura, que no solamente prohibe la publicación de muchas noticias relativas a la guerra, sino de otras que nada tienen que ver con ella y que los censores suprimen a fin de que el gobierno viva más tranquilo. En la actualidad empieza a cansar la mordaza que impide hablar libremente. Se ansía discutir, ya que no las operaciones militares, los actos de los gobernantes. Se quiere tener el derecho de crítica para que los gobernantes anden con mayor tiento. Muchos diputados, periodistas y particulares han suscrito una petición para que el gobierno mitigue el rigor de la censura. Otros quieren que ésta continúe como hasta ahora. De ahí una división profunda, un síntoma de que la unanimidad cesa, de que la unión desaparece.

En Inglaterra, la nación que menos ha padecido y padece a causa de la guerra, se marcan dos corrientes opuestas: una en favor del servicio militar obligatorio; otra que quiere la continuación del voluntariado. Son muchos los ingleses que han pasado de los cuarenta que estiman que no se ha hecho lo bastante para aplastar a los alemanes; que no se alistaron bastantes voluntarios para ir a combatir en Francia y en los Dardanelos; que es preciso hacer un esfuerzo supremo para mantener la libertad de los mares y del comercio ante las pretensiones exorbitantes de los prusianos. Esas dos corrientes indican que el cansancio empieza. Y los insistentes rumores de crisis y la solución de un ministerio homogéneo que se preconiza, es un síntoma más característico todavía. Aun cuando todos los insulares quieren la guerra hasta la completa victoria o la derrota definitiva, por más que están dispuestos

a toda clase de sacrificios, sin darse cuenta de ello sienten ya el cansancio de la lucha y anhelan descansar después de tantos golpes dados y recibidos. El aumento del precio de los comestibles, los buques que se hunden diariamente en el mar, la pérdida de no pocas libertades y la amenaza del servicio obligatorio hacen que muchos ingleses deseen la terminación de la guerra.

Los austriacos hace tiempo que comprenden que se metieron en camisa de once varas al principiar la guerra; que cometieron una ligereza enviando a Servia un *ultimátum* inaceptable. Si no fuera por Alemania, Austria habría firmado ya la paz con Rusia y con Servia. Durante los trece meses de guerra ha padecido Austria-Hungría más que ahora padece Rusia. Ha visto derrotado y disperso su ejército; en poder del enemigo sus plazas fuertes; las llanuras húngaras asoladas por los cosacos; la moneda depreciada; la industria y el comercio sin vida. Los alemanes hacen que la guerra continúe. Los austriacos aborrecen ya a los alemanes.

¿Qué pasa en Alemania, en el país que quiso la guerra, que necesitaba guerrear, que quería vencer, dominar a toda costa? Ocurre que todos los alemanes confiaban más de lo debido en la eficacia de los preparativos hechos durante los años de paz. Creían que la guerra sería corta y victoriosa. Los que presumían de bien enterados citaban fechas. Los hechos no han respondido por completo a las esperanzas. Francia está invadida en parte, pero resiste como los primeros días al cabo de catorce meses de guerra; los ingleses han tenido tiempo de levantar un ejército de un millón de hombres—ellos dicen de tres millones—; Italia se decidió contra sus antiguas aliadas, Rusia ha sufrido descalabros y ve invadido su suelo; pero resiste, levanta nuevos ejércitos y escudada en su inmensidad desafía y combate. El cansancio es grande en Alemania. A no ser porque la unanimidad en el esfuerzo inicial fué espléndida, admirable, haría ya tiempo que se hubiese pedido al gobierno que firmara la paz. Cuando ésta llegue se sabrá lo que ha padecido Alemania. Y por lo mismo que padece y sufre, gran parte del pueblo quiere la paz.

De Turquía nada sabemos; pero es de pensar, dada la situación política y económica anterior a la guerra, que grandes y chicos abominen de la aventura a que les lanzó la ambición de Enver bajá y de los demás jóvenes turcos.

Rusia e Italia son los dos únicos países que prosiguen la lucha sin cansancio, sin desesperación. Aquélla porque las heridas recibidas no han hecho mella en su robusto cuerpo; ésta porque empezó la guerra hace cuatro meses y la hace en territorio enemigo y no ha padecido su ejército una sola derrota. Se comprende, pues, que se muestren rusos e italianos dispuestos a pelear largo tiempo. Pero en los demás países el cansancio se acentuará cada vez más, hasta que un día, en la hora menos pensada, hará que cese esta lucha desaforada y estúpida.

LA GUERRA EN LAS TRINCHERAS

(Conclusión)

En las trincheras de primera línea pasamos, por regla general, de cuarenta y ocho a sesenta horas. Al cabo de ellas vamos a la segunda línea y permanecemos allí otro tanto. Después se nos lleva sucesivamente a la tercera, a la cuarta, a la... línea hasta que nos es dado pasar ocho días al aire libre, fuera de esas galeras indignas de un *gentleman*. Podemos ir y venir libremente, correr, jugar, comer en las posadas o restaurants, hablar con los franceses y con las francesas, leer periódicos, fumar, gastar dinero, llegar hasta la ciudad más próxima. Casi podemos olvidar que somos soldados, que la querida Old England está en peligro, que es necesario exterminar a los alemanes para no dejar de ellos ni rabos.

Soldados indios que al marchar de nuevo al campo de batalla reciben de la Cruz Roja inglesa raciones de vituallas frescas, en una estación de París *(Fot. Branger)*

Pero a los ocho días justos, sin una hora de propina, vuelta a empezar. Cabizbajos y con las mochilas y los bolsillos repletos de toda clase de objetos diversos, nos encaminamos hacia las trincheras; desde las más lejanas vamos llegando poco a poco a las primeras, y volvemos a sentir las inolvidables emociones que proporciona el impensado estallido de las granadas, de los torpedos aéreos y de los *shrapnells*.

Los oficiales están más aburridos que nosotros, y no se libran del general hastío sino los coroneles y generales, pues éstos no duermen en las trincheras y sólo acuden a ellas cuando el enemigo manifiesta intención de atacar de un modo decisivo.

He presenciado y soportado cuatro de esos ataques, y como en ningún periódico he leído una descripción fiel de ellos, te voy a explicar en qué consisten y de qué modo se desarrollan.

No tienes el gusto de conocer a nuestro teniente. Voy a presentártelo. Se llama John como yo; pero no sé porqué le llaman Jack, Jack Burdy. Es tonto de nacimiento; parece buen chico a primera vista, instruído, porque sabe de todo unas pocas palabras; pero estudiándole algo resulta una mala persona, chinchorrero, testarudo, avaro y exigente hasta lo sumo. Es un teniente para voluntarios campesinos o, a lo sumo, para obreros; pero no sirve para mandar a gente medianamente ilustrada. El mismo comprende—a pesar de su nulidad—que a veces se pone en ridículo ante nosotros. Cumple con su deber cuando hay peligro a la vista; pero no se distinguirá jamás por un exceso de valentía ni por una serenidad a toda prueba.

Estudiaba en Oxford cuando estalló la guerra. Su padre, antiguo militar que residió muchos años en las Indias, le ordenó que se presentara al ministro de la Guerra para ver si salía oficial al cabo de unos meses. Y Jack no tuvo otro remedio que obedecer. Como es aplicado, le nombraron teniente, y nos ha tocado en suerte a nosotros. El capitán le trata con fría deferencia; sus compañeros se mofan de él, y es evidente para todos que mejor estaría defendiendo pleitos que trincheras.

Ametralladora rusa en acción

(Fot. Central News)

Buzón de correos de un sector de la zona de combate del Isonzo

(Fot. Branger)

Te he presentado a mi teniente para que comprendas que no debe de ser el único ejemplar de su clase en el ejército británico y que, tal como están organizados los ejércitos modernos, es forzoso que haya en filas muchos Jacks, que maldito el prestigio de que gozan entre sus subordinados.

El otro teniente no se parece lo más mínimo a Jack. Era también estudiante y aun no ha cumplido los diecinueve; pero tiene la estatura y la fuerza de un gladiador y la ligereza de un felino. Es un mocetón alto, robusto, de pelo y bigote rubios, de tez blanca y enrojecida por el sol. Habla recio, ríe a menudo, se enfada, se impacienta, trata de torpes a sus soldados, pero les quiere con toda su alma, y cuando se pelea es el primero en salir de las trincheras y el último en volver a ellas. Nació para soldado. El capitán le quiere mucho. El coronel le ha propuesto para capitán.

Los demás jefes son buenas personas que se aburren soberanamente y que, de no mediar la salvación de la patria, es probable que abandonaran las trincheras, renegando de ellas y de esa guerra de topos, que es la peor de todas, siquiera no haya ninguna buena.

¿Quieres saber cómo se pasa el día en estos socavones inmundos?

Los que no están de guardia se tienden a la larga a las nueve de la noche, siquiera algunos lo hacen ya a las siete y media. Tenemos unas colchonetas rellenas de algodón, más duras que el corazón de un prusiano, y la manta o el capote nos sirven de almohada. Dormimos hasta las seis de la mañana, y en lavarnos, acicalarnos y revisar el armamento empleamos una hora. Luego el que tiene provisiones se desayuna, y el que no, espera que pasen el café con pan tostado y leche concentrada, bebida que, por regla general, se nos ofrece a las ocho. Hasta las once no llega el almuerzo, compuesto de un plato de carne con legum-

Soldado australiano haciendo fuego con el nuevo fusil-periscopio en una trinchera de los Dardanelos *(Fot. Central News)*

bres y manteca y un plato de pescado de procedencia norteamericana, lo cual quiere decir que se trata de pescado en latas. El pan, fabricado en Francia, es bueno y nos lo sirven en abundancia. Fumamos una pipa o un cigarro o varios cigarrillos y esperamos que transcurran siete horas, es decir, que lleguen las seis y media, hora en que se nos presenta la comida. Muchos días nos dan sopa bastante pasable, un plato de carne con patatas y una ración de legumbres con manteca. El agua es buena; la cerveza, mejor; el vino, que alguna vez nos dan a guisa de obsequio, simplemente detestable. Y a dormir.

Como puedes ver por lo que acabo de decirte no pasamos una existencia muy trabajosa, pero sí atrozmente aburrida. Los días que nuestros adversarios no nos bombardean no hay modo de matar el tiempo. Todos sabemos de memoria todos los chascarrillos inventados desde el padre Adán, las anécdotas históricas y militares de los grandes políticos y capitanes famosos, la descripción de las batallas antiguas y modernas, y todo cuanto pueden contar y recordar quinientos hombres que no saben qué hacer durante horas y horas.

De cada compañía, compuesta de 200 soldados, hay constantemente 25 ocupados en las aspilleras, en la guardia de las ametralladoras, en el depósito de las bombas de mano y junto a los aparatos lanzaminas. Todos ellos vigilan sin descanso y están preparados a todo evento. Si el enemigo sale de sus trincheras, disparan los centinelas, distribuyen las bombas de mano los que las tienen a su cargo y los de las ametralladoras se aperciben para disparar antes de que puedan acercarse los malditos boches.

Al oir el primer fusilazo todos corremos a nuestro puesto, empuñamos las armas y nos disponemos a rechazar la agresión. Casi siempre se trata de una falsa alarma y todo se reduce a unas docenas de disparos cambiados sin el menor resultado. Otras veces, después del fuego de fusil empieza el de cañón y caen espesas las granadas, las cuales, gracias a la especial disposición de nuestras trincheras no pueden hacer muchas víctimas aunque den en el blanco. Pero demasiadas causan.

Cuando el ataque es formal se anuncia de otro modo.

Primeramente disparan los alemanes unas granadas que sirven para fijar la puntería. Esta se afina poco a poco y luego, cuando ya da en el blanco, arrecia el fuego, y a los proyectiles de 77 acompañan de cuando en cuando otros de mediano y de grueso calibre, que causan destrozos enormes. Poco a poco aumentan los disparos de las grandes piezas. Las monstruosas granadas estallan con estruendo infernal y abren en el suelo agujeros de ocho metros de diámetro. Cuando dan en una trinchera, todo lo que cogen dentro de su radio de acción queda reducido a polvo o vuela por los aires: soldados, armas, municiones, parapetos, ramas, vigas, todo.

La lluvia de hierro dura unas cuantas horas hasta que se consideran bastante quebrantadas las tropas, bastante averiadas las trincheras, bastante destruídas las alambradas. Entonces, cuando se cree llegado el momento oportuno, la infantería entra en acción. Los oficiales y suboficiales salen de las trincheras seguidos de los soldados, y en carrera furiosa se lanzan hacia nosotros, arrojando bombas de mano, rompiendo las alambradas con tenazas y a culatazos y procurando llegar hasta donde estamos.

En los dos primeros ataques a que asistí como defensor de las trincheras, los alemanes consiguieron pasar las alambradas y pelear cuerpo a cuerpo con nosotros después de soportar durante un minuto el fuego de nuestras ametralladoras y fusiles, que les produjo una cantidad muy grande de bajas. Gracias a ellas pudimos rechazar a aquellos demonios. Pero en el tercer ataque que contribuí a rechazar, las cosas pasaron de otro modo.

Hubo la misma larga y mortífera y aparatosa preparación que las otras veces, se arrojaron al asalto de igual modo, corrieron hacia las alambradas y después de una corta pausa prosiguieron su carrera, cortado ya el alambre.

Soldados indios montando la guardia en una casilla de guardaagujas en la línea férrea, junto a Longueau *(Fot. Branger)*

Les veíamos llegar a menos de veinte metros a pesar del fuego infernal que hacíamos, cuando, de pronto, se detuvo la línea que avanzaba, vaciló y volvió a la carrera hacia atrás, evitándonos un choque penoso, recibiendo miles de disparos, padeciendo centenares de bajas.

¿Qué había ocurrido? Que nuestros ingenieros habían colocado otra alambrada oculta entre la broza y que fué imposible al enemigo superar aquel nuevo obstáculo.

Lo más tremendo de uno de esos combates que se sostiene para tomar y defender una trinchera, no consiste, como se puede creer, en el momento, en los momentos del choque cuerpo a cuerpo. Contra lo que yo he leído muchas veces, ese choque, que casi nunca se produce, pues por regla general el agresor o el defensor húyen antes de dar o recibir la acometida, dura sólo un instante. Y aun cuando se prolongue medio minuto—cree, amigo Dick, que es mucho—la excitación, el movimiento, la precisión de matar o morir en el acto sin reflexionar, guiándose sólo por lo que el instinto manda para conservar la especie, hacen que el ánimo no padezca lo más mínimo, que uno no se dé siquiera cuenta de lo que está haciendo. La acción, precipitada y ruda, anula el pensamiento.

Lo más trágico consiste para los defensores en el rato, en las mortales horas—que transcurren lentas, interminables—del bombardeo preliminar. Es una espera ansiosa, es una angustia sin tregua, es una inacción abrumadora. La muerte aletea entre los defensores. Como los murciélagos cegados por la luz, vuela desordenadamente y cuando parece que se dirige hacia un punto, cambia de dirección y choca contra un hombre que estaba lejos de esperar su contacto. Cuando estallan los gruesos proyectiles junto a una trinchera o dentro de ella, es inútil de todo punto tratar de resguardarse. Hay que fiar en la suerte. Las detonaciones suceden a las detonaciones, los estallidos a los estallidos. El humo ciega y asfixia, azota el rostro la tierra que arrancan las granadas, las piedras que vuelan hieren a diestro y siniestro, la conmoción del aire derriba a los hombres y el fragor de los disparos les enloquece. ¡Alá te guarde, Dick amigo, de un ataque alemán! Es peor, puedes creerlo, que un ataque de aplopejía o de disnea.

JOHN FIRE.

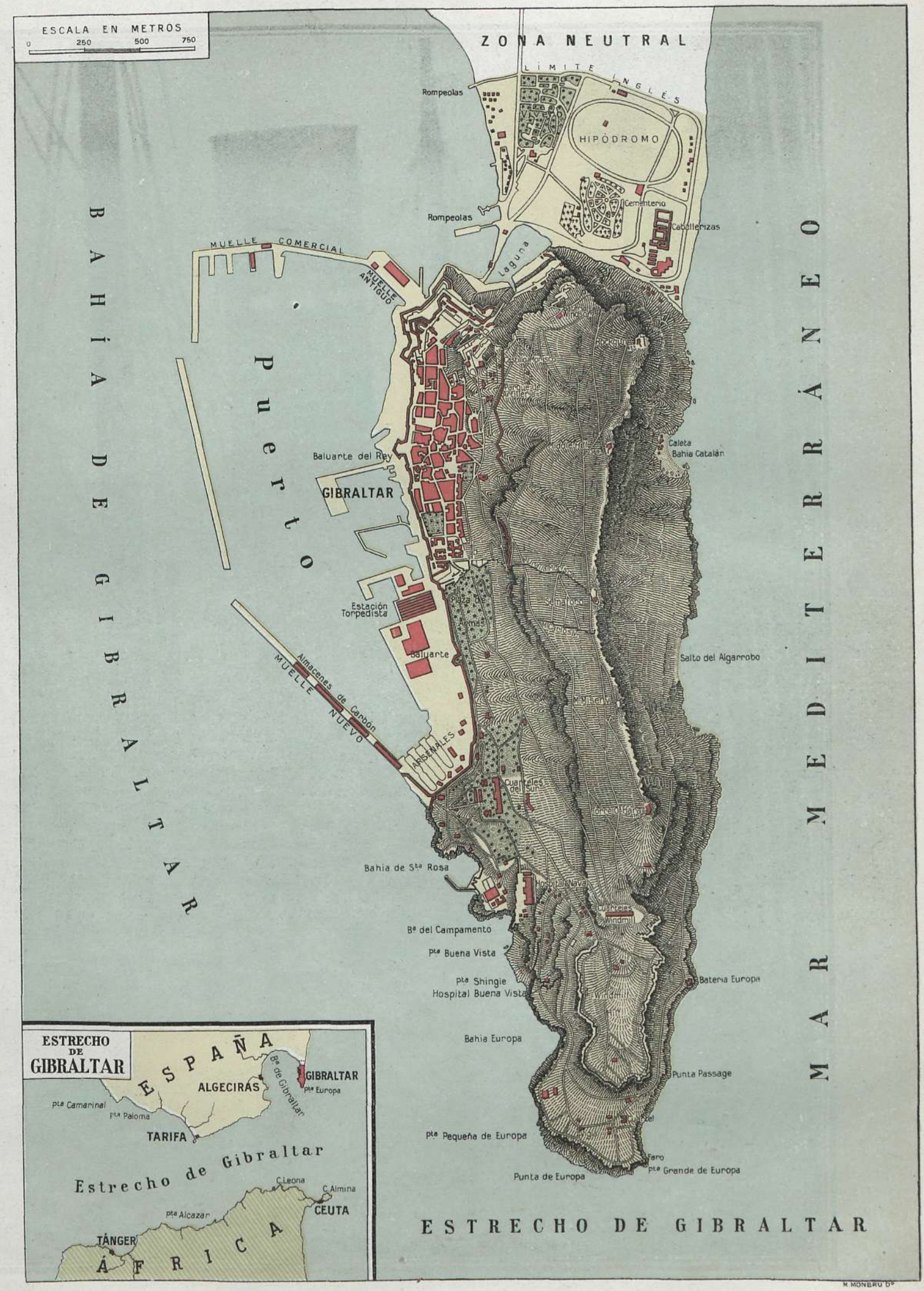
RUSIA POR DENTRO

Van Helmorzt, corresponsal holandés del *Tageblatt*, que ha pasado una larga temporada en Rusia, explica el estado de esa nación en los siguientes términos:

«A nadie le preocupa lo que pueden hacer los alemanes; nadie cree que acaben con la resistencia rusa. Con razón o sin ella imaginan los moscovitas que ninguna nación europea podrá dominarles. Pero la preocupación es general por lo que toca al encarecimiento de las subsistencias y al aumento de las contribuciones. El ministro de Hacienda afirma que cuenta con recursos poco menos que inagotables, mas no declara de donde provienen. Bien lo saben los propietarios, los industriales, los comerciantes, los obreros. Algunos de éstos mueren literalmente de hambre. Desde la primavera ha aumentado en proporciones increíbles el número de vagabundos que van de pueblo en pueblo, de gobierno en gobierno, mendigando y acreciendo la general miseria.

»En las provincias del Sur, las más ricas, las mejores del Imperio, la miseria es general, siquiera no se conozca el hambre. El trigo que no se ha podido exportar sirve para acallar el hambre; pero como no se ha convertido en dinero como los otros años, propietarios y jornaleros carecen de metálico para las atenciones más precisas. A falta de dinero se echa mano del crédito, y por abrirlo a la fuerza se arruinan tenderos y comerciantes.

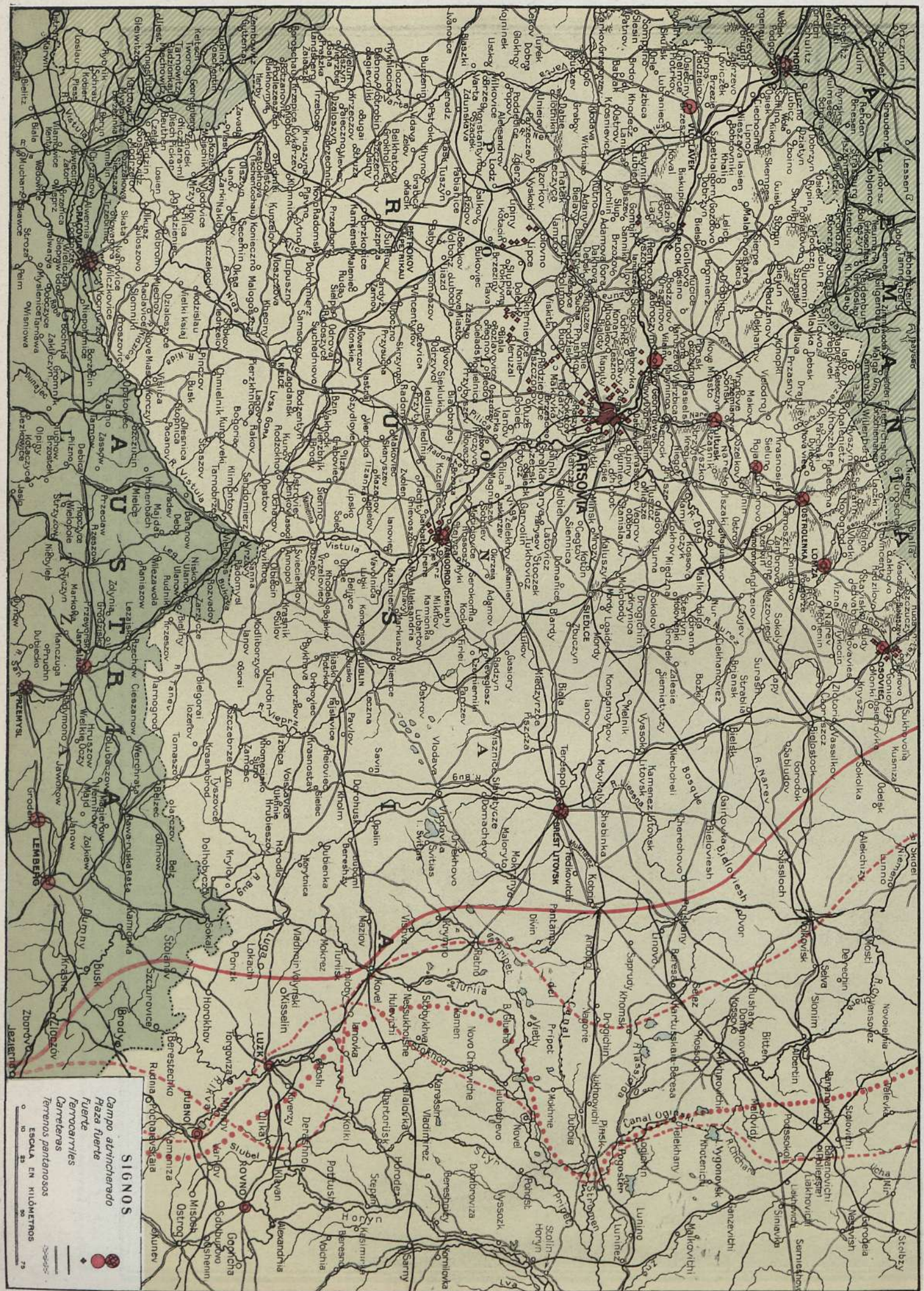
El general Michel, que manda las fuerzas del norte del campo atrincherado de París, después de entregar las banderas a los regimientos de la división número 104, condecora a los generales Radiguet y Martineau con la placa de la Legión de Honor y la Cruz de guerra, respectivamente. *(Fot. Branger)*



MAPA DE GIBRALTAR

Esta colonia inglesa, situada al S. de España, es una de las principales bases navales y punto de concentración de las tropas destinadas a los Dardanelos

DESEMBARCO DE TROPAS INGLESAS EN LAS COSTAS DE LOS DARDANELOS *(Fot. Central News)*



DIVERSAS FASES DE LA BATALLA EN LA REGIÓN DEL PRIPET

30 de Agosto ——— 10 de Septiembre - - - - - 20 de Septiembre ••••••••• 27 de Septiembre -·-·-·-

»Los empleados del fisco no tienen consideración a nadie. Quieren cobrar a toda costa. El que no puede pagar ve embargados y mal vendidos sus bienes. El que paga queda sin recursos. Y los impuestos son cada día más pesados y numerosos. El que antes de la guerra pagaba cien rublos, paga ahora 170 por lo menos.

»En las ciudades los comestibles se han puesto por las nubes. Únicamente el pan se vende barato, a 26 céntimos el kilogramo; la manteca siberiana tampoco se ha encarecido; pero todo lo demás casi ha doblado de precio. No porque haya escasez de carne ni de otros comestibles, sino porque los tenderos se han confabulado y hacen lo que les viene en gana. Los ministros no cuidan de esas nimiedades. Hace muchos siglos que en Rusia muere de hambre todo el que quiere, sin que las autoridades intervengan. *Laissez faire, laissez passer...*

zas. Bastante trabajo tienen los aliados. Parece que a pesar de tener municiones y artillería no pueden con los alemanes. Y eso que las tres cuartas partes del ejército alemán pelean contra nosotros.

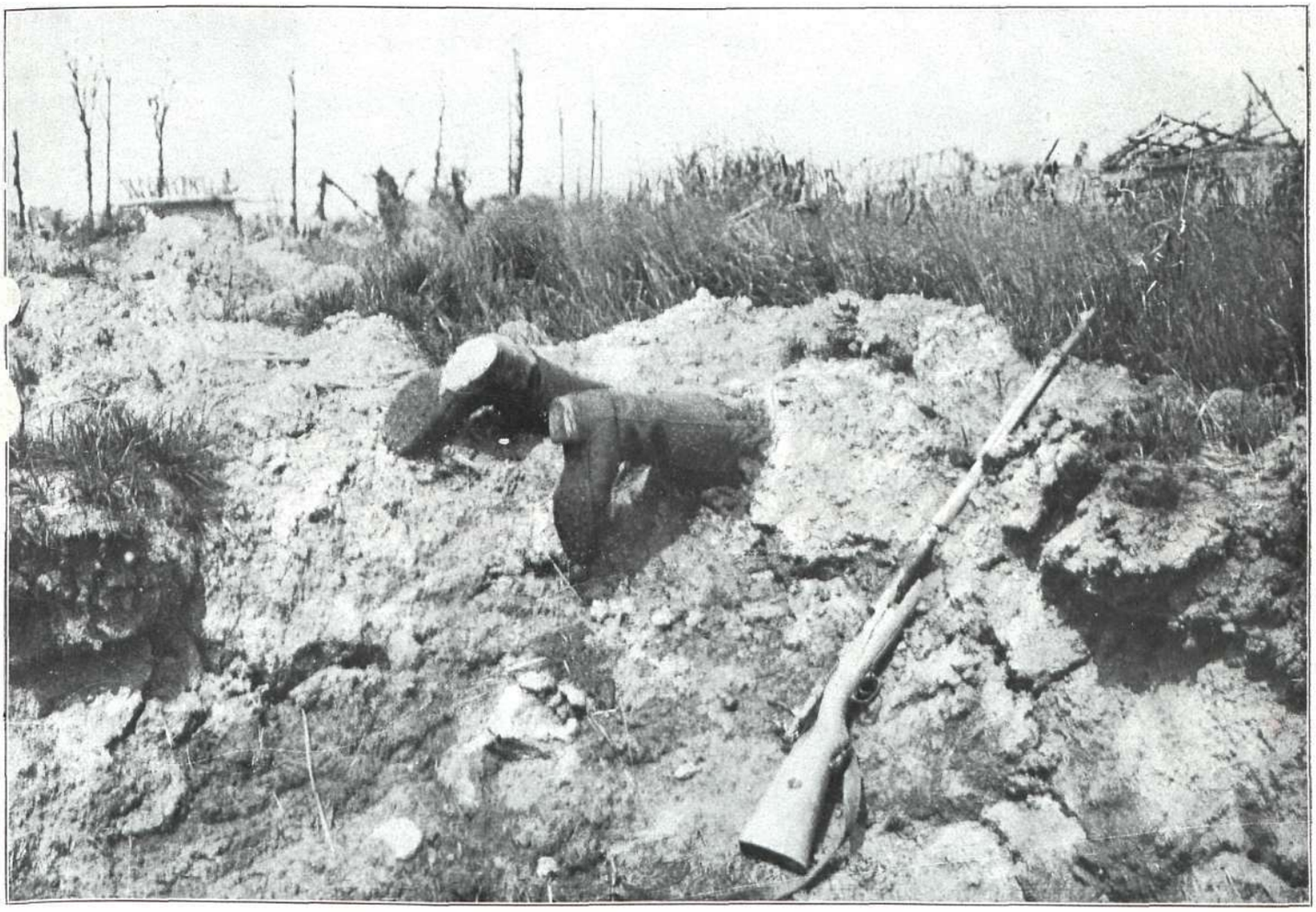
»—¿Cree usted que terminará pronto la guerra?

»—No lo sé. Lo que le aseguro es que cada vez se nos hace más difícil sostenerla.

»—¿Están desanimados los soldados?

»—No. Como no piensan nada y van adonde se les manda y tienen comida abundante, no muestran desconfianza, ni están desmoralizados. Son capaces de un esfuerzo magnífico si se les pertrecha y manda como es debido.»

«Los campesinos, que son los que proveen de soldados al ejército, padecen hambre como de costumbre, viven de cualquier modo, y, por lo mismo, no sienten la menor repugnancia a ingresar en filas. Saben que allí se les



Efecto de una granada del «75» en una trinchera alemana, cerca de Steenstraat *(Fot. Central News)*

»En Petrogrado y en Moscou hay cientos de miles de polacos refugiados que causan verdaderos apuros a las autoridades y a los particulares. A muchos de ellos les falta alojamiento; a casi todos, dinero.

»Las autoridades y las clases elevadas son las que se muestran recelosas y poco confiadas. El avance de los alemanes les inquieta y les asusta. A pesar de cuanto se ha dicho, aquí no se puede fabricar por ahora gran cantidad de armas ni de municiones. Habrá que esperar que vengan del exterior y nadie sabe a punto fijo cuándo vendrán.

»Ayer me decía un alto empleado:

«—Por fortuna se acerca el invierno y los alemanes deben de estar extenuados. Por muchos que sean, por robustos que sean, pronto tendrán que detenerse, pues las fuerzas humanas tienen un límite. Si estuviésemos a fines de primavera en vez de principios de otoño, ¡pobres de nosotros!

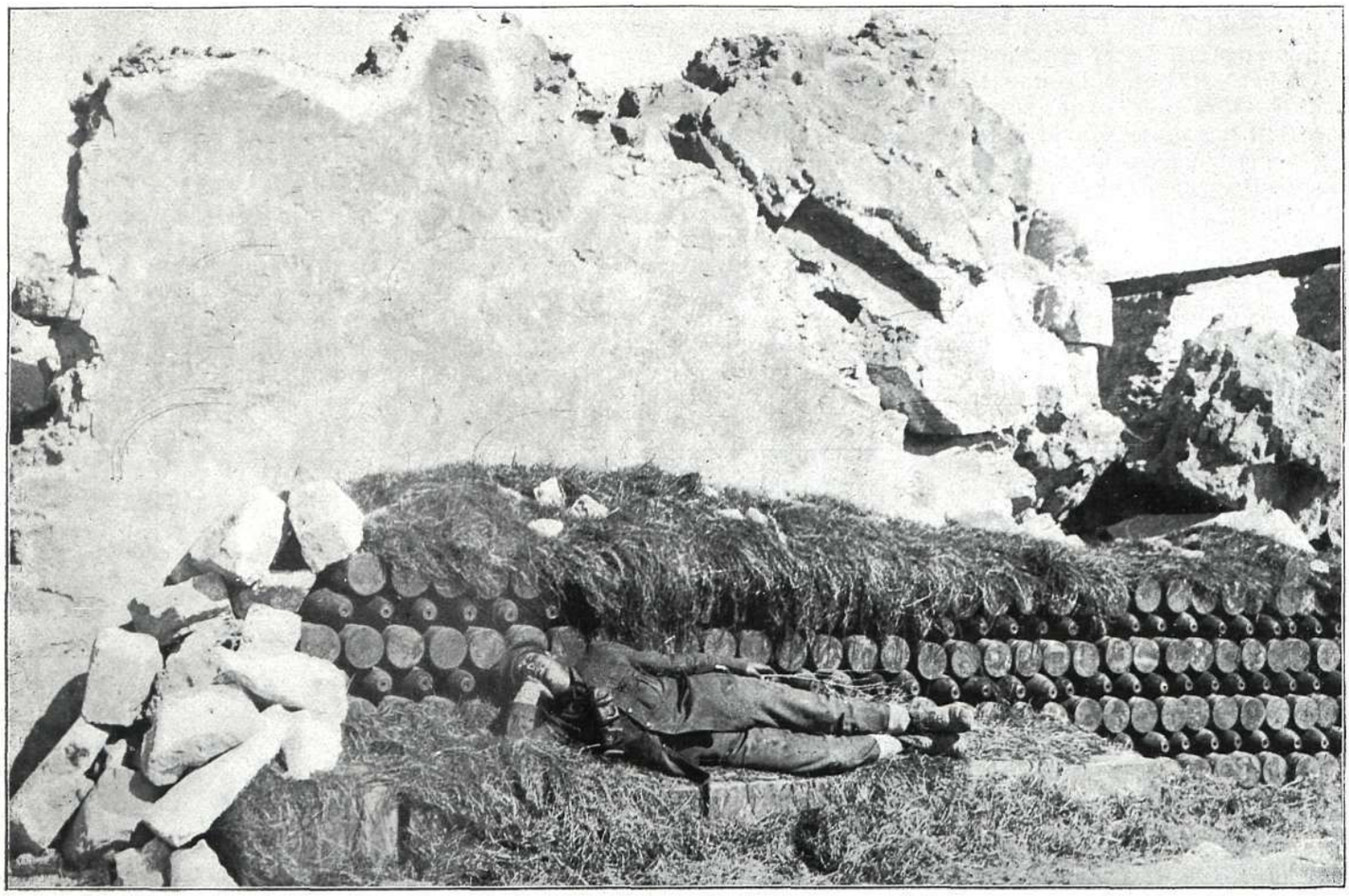
»—¿No esperan auxilio de los ejércitos franco-ingleses?

»—No. Contamos únicamente con nuestras propias fuer-

nutre bien y que se les da uniformes nuevos. Verdad es que hay peligro de muerte; pero ¿no somos todos mortales?

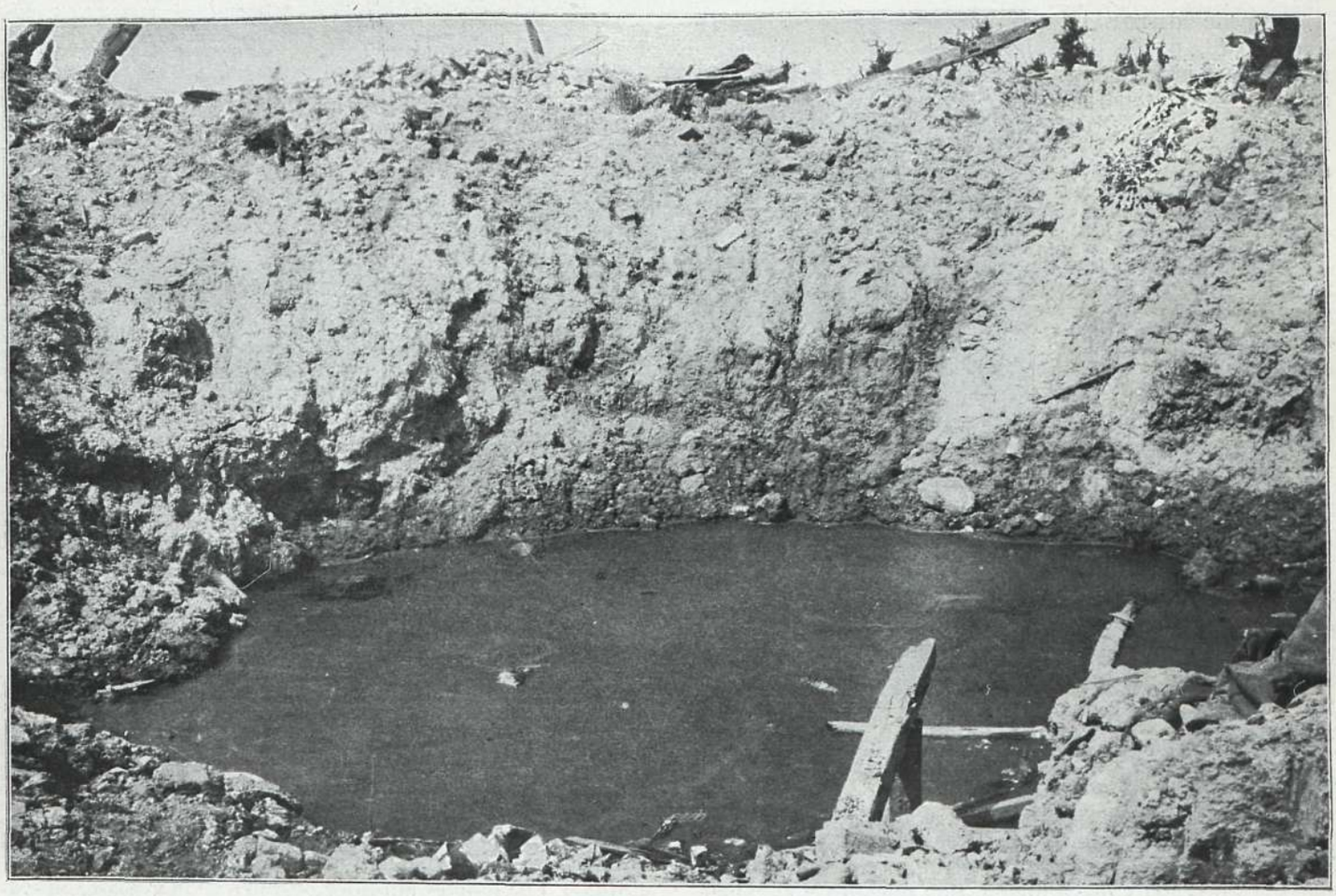
»Los revolucionarios se agitan algo; no obedeciendo a sugestiones alemanas, como se ha dicho, sino por propio impulso, porque ahora les parece buena la ocasión para conseguir algunas reformas; no muchas ni muy trascendentales, pero reformas en fin, en sentido liberal y democrático. Pero el trabajo que hacen los revolucionarios no lo ejecutan entre las masas, sino entra la escasa hueste de la gente más o menos instruída. Por lo mismo no pueden esperar ningún movimiento formidable, ningún resultado importante.

»La guerra causa grave daño a Rusia; pero en ese cuerpo inmenso y en pleno crecimiento nadie nota sus efectos. Las escasas industrias mueren, el comercio no aumenta, mueren cientos de miles de soldados; pero quedan muchos hombres para el degolladero, la tierra produce grano en abundancia y los norteamericanos y japoneses se encargan de suplir la falta de productos manufacturados alemanes.

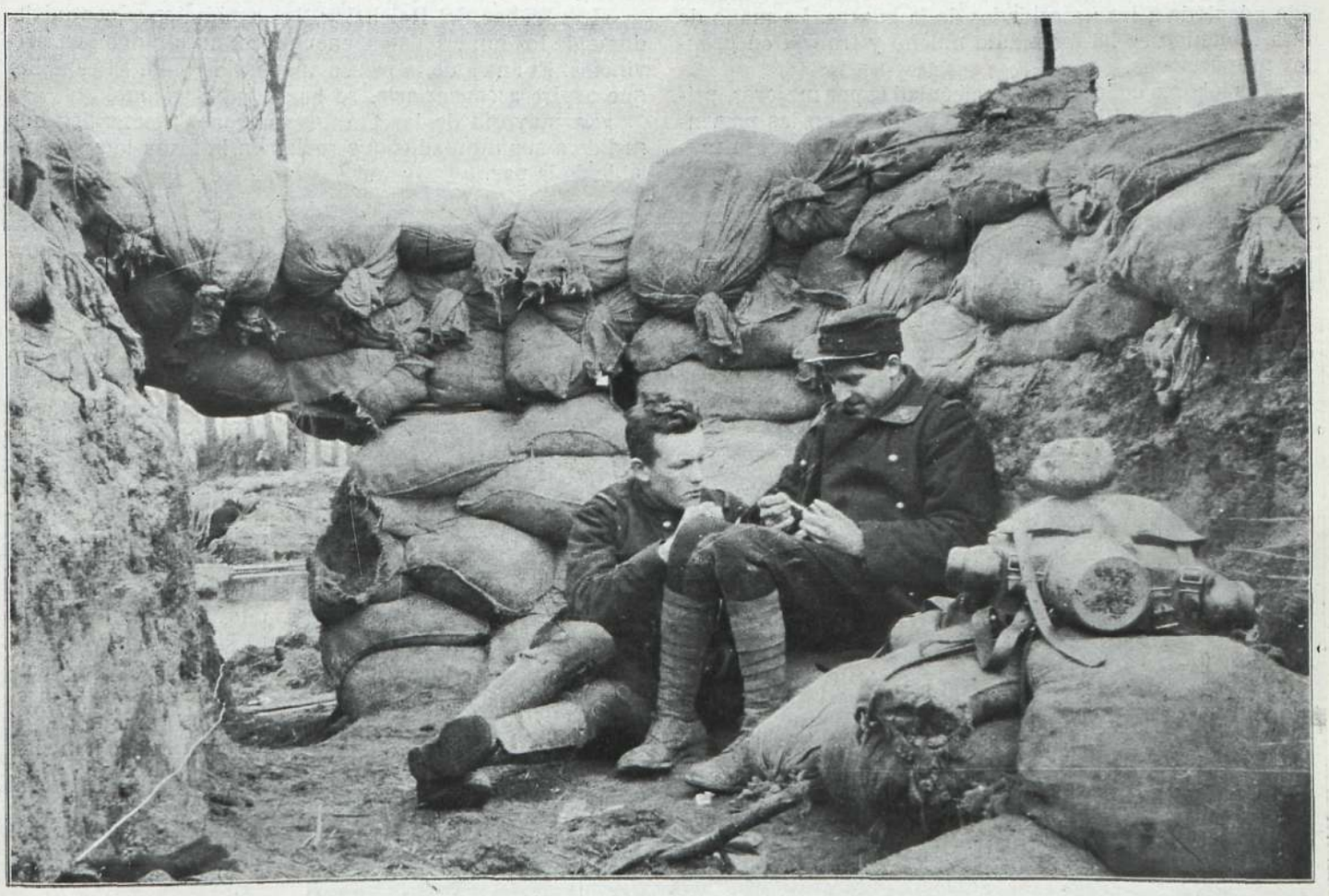


Soldado inglés durmiendo junto a un depósito de granadas en un campamento de los Dardanelos
(Fot. Central News)

Una trinchera belga devastada por el fuego de la artillería alemana *(Fot. Central News)*



Enorme embudo producido por la explosión de una granada de 210 mm., y que las lluvias han llenado de agua
(Fot. Central News)



Momentos de calma en un puesto avanzado de la línea belga *(Fot. Central News)*

Tumba de soldados alemanes que sucumbieron en Tannenberg *(Fot. Hofer)*

de Bensdorf y los acantonamientos de Chatel, al norte de Ipres.

El ejército ruso del general Ivanov arroja a los austro-alemanes hacia el curso del Strypa, causándoles muchas bajas y haciéndoles muchos prisioneros.

16 de Septiembre. — *Progresa la ofensiva rusa en el sur de la línea de combate, y en el norte avanzan los alemanes hacia Vilna preparando un movimiento envolvente.*

Los alemanes toman sin resistencia la ciudad de Pinsk.

17 de Septiembre. — *En el frente francés, violento cañoneo en distintos sectores.*

Los rusos se retiran hacia los pantanos del norte de Pinsk. En el Sur obligan a los austriacos a repasar el Strypa y les hacen 3,100 prisioneros. En los quince primeros días de Septiembre, según una nota oficial rusa, los austro-alemanes han perdido 40,000 prisioneros, 106 ametralladoras y 38 cañones.

Los italianos obligan a los austriacos a retirarse en toda la línea Stelvio-Tonale.

18 de Septiembre. — *Una escuadrilla inglesa de torpederos y contratorpederos bombardea la costa belga que está en poder de los alemanes.*

Bulgaria firma un pacto con Turquía mediante el cual asegura a ésta su neutralidad.

La lucha entre rusos y austro-alemanes continúa en Galitzia con ventaja para los primeros.

En la región de Vilna una gran masa de caballería alemana, evaluada en 13 divisiones, rompe el frente ruso y se dirige de Sur a Norte hacia Vilna para envolver a las fuerzas rusas que hay en la región.

19 de Septiembre. — *Los alemanes se apoderan de Vilna.*

En la región de Dwinsk se lucha con encarnizamiento.

Las tropas rusas del Sur no prosiguen su avance a pesar de haber derrotado repetidamente a los austro-alemanes.

NOTAS

LAS GRANDES BATALLAS

Comparadas con las colosales luchas de nuestros días, las batallas de otro tiempo producen raro efecto. El «cañoneo de Valmy» fué llamado «batalla de gigantes». Y ahora produce el efecto de una miniatura. Pelearon en ella 34,000 prusianos con 58 cañones, contra 36,000 franceses provistos de 42 piezas de artillería. Aquéllos perdieron 4,150 hombres y los franceses 2,348. Y, sin embargo, esa batalla, que ahora no pasa de las proporciones de una escaramuza, cambió la faz del mundo. Los soldados voluntarios franceses, mal comidos, mal uniformados, poco instruídos, arrollan a los veteranos de Prusia, y hacen que Federico Guillermo comprenda que ha obrado a la ligera declarando la guerra a Francia. En la batalla de *Pavía* pelearon 27,000 franceses contra 22,000 españoles, y las pérdidas no pasaron de 5,000 hombres por partes de aquéllos y de 2,780 por la de éstos.

En *Jena* luchan 45,000 franceses contra 70,000 prusianos. Los primeros pierden el 9 por ciento de sus efectivos, y los segundos el 23 por ciento de los suyos.

En *Warterloo* llegan a las manos 72,000 franceses contra 148,000 aliados, y mueren o caen heridos 37,000 hombres en diez horas de pelea.

En *Liao Yang* combaten 95,000 rusos contra 100,000 japoneses, y quedan inutilizados en junto 29,700 hombres, en tres días, es decir, el 15 por ciento del total de combatientes.

En *Mukden*, batalla que duró ocho días, luchan 350,000 rusos con 300,000 japoneses, y quedan fuera de combate 112,000 soldados.

Aun cuando estas cifras son elevadas por sí mismas, resultan modestas comparadas con las que arrojan los gigantescos combates de la guerra actual.

Un periódico inglés, *Daily Mirror*, basándose en los datos oficiales publicados por los gobiernos de las naciones beligerantes, ha obtenido—desde el 1.° de Agosto de 1914 a igual fecha de 1915—las cifras totales siguientes: *muertos en los campos de batalla o de resultas de sus heridas, 4.731,412 soldados; heridos o prisioneros, 6.914,786.*

En el próximo número publicaremos el retrato del general Ludendorff: el mapa de la región de Argona y el de la Curlandia, con las diversas fases de las operaciones libradas desde el 30 de Agosto al 5 de Octubre, en colores, y retratos y grabados de actualidad en negro

Un libro indispensable para todos es la ENCICLOPEDIA ILUSTRADA SEGUÍ

LA MÁS COMPLETA Y ECONÓMICA

EQUIVALENCIAS EN FRANCÉS, INGLÉS E ITALIANO

Los que posean la **Enciclopedia Ilustrada Seguí,** poseerán a la vez toda la suma de conocimientos atesorada por las generaciones que se han sucedido en el haz de la Tierra; el conjunto de todas las ciencias abstractas y de aplicación; todas las noticias geográficas e históricas referentes a las distintas naciones de nuestro Globo; la biografía de todos cuantos han contribuído al progreso de las ciencias, de las artes y de la industria o han figurado en algún acontecimiento histórico; en una palabra, tendrán a su alcance todas aquellas noticias que por cualquier concepto puedan interesarles. Y además un conjunto de mapas, planos e ilustraciones que constituyen un verdadero tesoro iconográfico.

Basta la simple inspección de los tomos publicados de esta **Enciclopedia Ilustrada Seguí** para convencerse de que, tanto por su utilidad como por su belleza, no hay otra que pueda igualarla. Véanlos, pues, porque de la gran riqueza y variedad de sus ilustraciones sólo de «visu» puede juzgarse.

EL ÉXITO MÁS GRANDE DE LA LIBRERÍA ESPAÑOLA ▭ MÁS DE 50,000 SUSCRIPCIONES A ESTA OBRA

Obra premiada con **Medalla de oro** en la Exposición de Santiago de Compostela, en 19[illegible] con **Diploma de Honor** (la más alta recompensa) en la Exposición Nacional de Valencia, en 1910, y con el **Gran Premio de Honor** en la Exposición Internacional de Buenos Aires, en 1910-1911.

2 reales cuaderno PÍDASE PROSPECTO

OBRA NUEVA

Libro Médico de la Casa

CUIDADO DE SANOS Y DE ENFERMOS ◦◦ SOCORROS DE URGENCIA

POR LOS DOCTORES

Juan Darder y Manuel Dalmau

Obra seria de divulgación científica y de consulta, absolutamente indispensable a todas las familias, por su importancia y trascendencia social, que contiene:

Anatomía general y descriptiva. ···· Fisiología. ···· Higiene de la infancia, de la pubertad, de la edad adulta y de la vejez. ···· Cuidados que requiere el enfermo. Higiene alimenticia y regímenes alimenticios. ···· Socorros de urgencia. ···· Botiquín casero. ···· Diccionario de los términos médicos más corrientes.

Tan interesante publicación, profusamente ilustrada, se reparte por cuadernos semanales de veinticuatro páginas, o bien diez y seis y una magnífica lámina en colores, al precio de **2 reales cuaderno**

Poseer esta obra es dominar la higiene y conservar la salud de la familia

Pídase en todas las Librerías o Centros de Suscripciones y en el CENTRO EDITORIAL ARTÍSTICO de Miguel Seguí, Buenavista, 30

Centro Editorial Artístico de MIGUEL SEGUI.—Buenavista, 30.—BARCELONA.